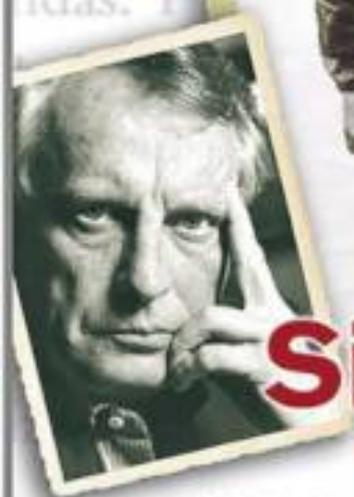


ALBERTO VÁZQUEZ-FIGUEROA



Siete vidas y media

RECUERDOS

Novelista, buzo, reportero de guerra, cazador de elefantes, inventor, mujeriego nato... Alberto Vázquez-Figueroa puede enorgullecerse de tener una biografía de novela: desde sus inicios en el Sahara español, pasando por su colaboración con Jacques Cousteau, su cobertura de varias guerras africanas y latinoamericanas como corresponsal para *La Vanguardia* y Televisión Española, sus repetidos éxitos como creador de *best sellers*, su experiencia en el cine o su proyecto de crear un sistema para potabilizar el agua de mar por presión que genera a la vez energía eléctrica y que ha levantado gran expectación. Presentado como una larga conversación con el autor, este libro de recuerdos cuenta la aventura más apasionante de un hombre irrepetible.

Nota

Alberto Vázquez-Figueroa tiene mirada limpia, sonrisa franca, una frente amplia y, como gusta decir, siete vidas y media. Durante años, hemos disfrutado con sus novelas, que nos conducían a los más lejanos confines del planeta.

Quienes además gozamos del placer de su trato, sabíamos de su vida aventurera, que a muchos nos sigue dando envidia.

Nos costó mucho esfuerzo convencerle de que debía contarla.

Rara vez se niega a relatar alguna anécdota cuando se le pregunta, por educación o por la necesidad de entretener a los comensales, pero sentía pudor ante la perspectiva de dejarlas por escrito.

Al final accedió con una condición: que el libro fluyera como una conversación o una entrevista informal, sin mayores pretensiones, eludiendo órdenes cronológicos.

Nos pareció una idea excelente.

Quien aún no sepa de su vida, coincidirá con nosotros: Alberto Vázquez-Figueroa pertenece a una estirpe de aventureros que corre peligro de extinción. Creemos que, aunque no lo confiese, le gustará que este libro pueda caer en las manos de algún niño que se decida a emularlo.

Por eso se lo dedica a sus hijos.

LOS EDITORES

1

¿Por qué sueles decir que tu vida ha sido una suma de pequeños éxitos, grandes fracasos y un puro disparate en la que sueles ir a contracorriente?

Porque no es más que la verdad; ostento un récord de fracasos difícil de batir y, si mi vida no ha sido un puro disparate, sí que al menos ha sido imprevisible, absurda y terriblemente confusa, ya que nací de puro milagro a los tres meses del comienzo de la Guerra Civil, y eso marcó los primeros años de mi vida y de la de mi familia hasta el punto de que si me descuido no nazco.

Por aquel entonces la situación en España era espantosa, y la de mi familia, aún peor; a mi padre, que era telegrafista, le habían encarcelado el 18 de julio de 1936, día del golpe de Estado franquista, y le habían condenado a muerte por el simple hecho de no simpatizar con los fascistas.

Cuando vine al mundo ya estaba en un campo de concentración junto a mi abuelo y mi tío, pero tuvo suerte, no lo fusilaron y se limitaron a desterrarlo a Marruecos cuando yo tan sólo tenía unos meses.

A pesar de que sé que llegamos a Tetuán con lo puesto y que fueron años muy amargos y difíciles, en mi memoria sólo retengo cosas sueltas, el hambre feroz que pasábamos y los grandes esfuerzos de mi padre por sacarnos adelante, ya que como los fascistas no le permitían ejercer la carrera se dedicaba a limpiar máquinas de escribir.

Una miseria a la que, para colmo, se unió la enfermedad, porque cogí un tifus que casi me mata y que le contagié a mi madre, que también se salvó de puro milagro.

Las primeras Navidades lo único que pudieron regalarnos mis padres fueron unos recortables que ellos mismos pintaron. Supongo que debió de dolerles más que a mi hermano y a mí, porque mi madre me contó que, un tiempo después, mi padre cobró un dinero y que sólo en ese momento pudieron comprarnos juguetes.

Lo peor de la guerra no es que destroce países y casas, es que destroza conciencias y corazones, por lo que sus miedos y miserias dejan huella, sobre todo en los seres más delicados.

Y mi madre lo era. Y mucho.

La recuerdo como una mujer bellísima, con una elegancia y una dulzura extraordinarias, la única mujer nacida en la Isla de Lobos, un islote que se alza entre Lanzarote y Fuerteventura, porque por aquel entonces mi abuelo era el torrero; más tarde el faro se automatizó.

Cada noche, después de cenar, apago las luces de mi despacho y suelo pasar un largo rato viendo a lo lejos el titilar del faro tratando de imaginar lo que sentiría allí mi madre de niña casi un siglo atrás.

Lo que sí es cierto es que se crio en plena naturaleza, se casó muy joven y con apenas veinte años se encontró de improviso en Marruecos, un mundo ciertamente extraño para ella, con dos niños pequeños, un marido perseguido por «rojo» y parte de su familia en la cárcel.

Una auténtica familia es aquella en la que todo es de todos y todos sufren por todos —lo demás son gente «arreguntada»—, y tanto sufrimiento por los seres que amaba acabó pasándole factura.

A pesar de todas esas calamidades, mis primeros años de vida en Tetuán transcurrieron tranquilos, conviviendo en paz con nuestros vecinos marroquíes: allí estuvimos, hasta que por fin acabó la guerra mundial y a mi padre le permiti-

tieron volver a Canarias, aunque el regreso del exilio no mejoró nuestra situación.

¿A qué se debió, si os encontrabais de nuevo en casa?

A que en Tenerife la vida fue, si cabe, más dura que en Tetuán, y lo peor era la sensación de angustia e inseguridad que nos producía la enfermedad de mi madre, que arrastraba problemas de salud por todas las miserias y el terror que había sufrido durante aquellos años. Era, como ya he dicho, una mujer muy sensible y había sufrido demasiado: vivió el encarcelamiento de su marido, el de uno de sus hermanos, que pasó seis años condenado a muerte, y el de su padre, también condenado a muerte pero que en el último momento pudo escapar de forma rocambolesca secuestrando el barco en que lo mantenían preso en Villa Cisneros.

Mi abuelo acabó por exiliarse en México, donde permanecería exiliado la mayor parte de su vida, y mi madre nunca volvió a verle; si a ello se le añade el horror propio de cualquier guerra se entiende que acabara por desquiciarse, pasando de ser un ser maravilloso y de una dulzura excepcional a tener una doble personalidad, lo que hoy en día se conoce como «bipolaridad».

Fue el primer ser humano con ese trastorno que conocí, aunque la suya era una «bipolaridad» a veces dulce y a veces exacerbada.

Una mañana, mi hermano me despertó bruscamente para comunicarme entre sollozos que mi madre había muerto.

¿Te duele o te avergüenza admitir que tu madre se suicidó?

Doler, aún me duele, y reconozco que cuando era niño me avergonzaba, debido a que la hipócrita moral de la época te inculcaba la idea de que quitarse la vida era un pecado mientras se negaban a aceptar que habían sido ellos, con sus injusticias y sus abominables crímenes, quienes habían empujado a miles de inocentes a escapar del horror por la única ventana que les quedaba.

En ocasiones ejecutar a una persona no significa colocarla ante el paredón, sino acosarla hasta el punto de que sea ella misma quien concluya la tarea, porque las ideas fascistas suelen matar más gente que las balas fascistas.

Tanta era la pena que nos invadió que al poco tiempo mi padre cogió una tisis galopante y tuvo que ingresar en un sanatorio antituberculoso, donde permaneció varios años, le secaron un pulmón y no se murió debido a que se descubrió justo a tiempo una nueva medicina, el «Pas».

Hoy en día existen personas que padecen el mismo problema de «bipolaridad» que acabó con mi madre, pero que se encuentran bien a base de ingerir con regularidad una pequeña dosis de litio porque al parecer el desarreglo se les produce debido a la carencia de ese metal y a la ansiedad provocada por situaciones límite.

No puedo negar que me ha desconcertado profundamente descubrir tantos años más tarde que nuestra tragedia familiar se podía haber evitado por medio de unas diminutas pastillas de litio.

No sé mucho sobre el tema, pero me imagino que por aquel tiempo no se sabría que el litio podía ser tan importante para el tratamiento de la bipolaridad y la esquizofrenia... ¿O acaso sí se sabía?

¡No! Desde luego que no, pero ello no evita que yo, al igual que tantos millones de personas que han perdido a

un ser muy querido y ven cómo años más tarde se descubre un remedio que habría evitado tanto sufrimiento, me planteé esa pregunta: ¿por qué no se descubrió antes?

Odio los hospitales, pero reconozco que los médicos y los investigadores son los seres más admirables de un mundo poblado de gentes abominables. Me revuelve las tripas ver cómo futbolistas semianalfabetos o políticos mentirosos, ineptos y corruptos obtienen mucho más reconocimiento que alguien que dedica todo su esfuerzo a evitar el dolor ajeno y salvar vidas.

Pero dejemos eso, porque de lo contrario no estaríamos hablando de mí, sino sobre las injusticias de este mundo, y sabido es que a la Justicia se la suele pintar con una venda en los ojos, porque se supone que no debe hacer distinciones entre aquellos a quienes juzga. Pero si esa venda le impide conocer la verdad, ni es Justicia ni es nada; es un monigote, una especie de «Gallina Ciega» que hace aspavientos con los brazos y con demasiada frecuencia atrapa al inocente, que es quien se encuentra más cerca, y deja libre al culpable, que siempre se las ingenia para ponerse lo más lejos posible de su alcance.

Me viene a la memoria una frase tuya:

«Deja libre la amarga lengua que dice la verdad, aunque te ofenda, y encierra la empalagosa lengua que miente aunque te alabe; la primera hiere, la segunda mata».

¿Te consideras una de esas lenguas que ofenden a los gobernantes?

La obligación de un escritor, y la de cualquier persona decente, es ese ir a contracorriente y decir la verdad aunque moleste a los poderosos, sean del color político que sean. De hecho, en los tiempos que corren, con tanta pordumbre en las alturas, es más digno que los gobernantes

tes te ataquen, te menosprecien o te odien, que que te cubran de honores y alabanzas, ya que la conciencia que se deja comprar por un diploma, un premio o una medalla es que se valora en muy poco.

Pero insisto en que no es un tema que venga al caso cuando estamos hablando de algo que nos afecta a quienes tenemos muchos años, y es esa absurda sensación de sentirnos estúpidos por no haber sido capaces de impedir algo terrible que de pronto descubrimos que era fácilmente evitable.

Una de las peores costumbres de la verdad es que le encanta ocultarse para surgir de improviso, darnos una bofetada y gritarnos: «¡Estaba aquí, estúpido!»

Sabiendo lo que ahora sé habría encontrado mil formas de evitar la muerte de mi madre, pero entonces no era más que un niño profundamente desconcertado que no tenía tiempo de asimilar los cambios que se estaban produciendo a su alrededor.

De esos días convulsos no puedo recordar casi nada hasta el momento en el que me encontré en el interior de un avión destartado, uno de aquellos Junkers trimotores que hacían un ruido espantoso, camino del lugar que durante los siguientes años se iba a convertir en mi nuevo hogar, Cabo Juby, en el antiguo Sahara español.

Allí me esperaba el hermano de mi madre, Mario, que era el delegado de Hacienda en la zona y uno de los pocos civiles que vivía en ese puesto militar.

Evidentemente hay que reconocer que como comienzo de una vida es confuso y, sobre todo, dramático. ¿Cuál fue tu primera impresión al llegar al desierto?

Lógicamente el impacto fue brutal y aún hoy lo revivo como si acabara de bajar del avión y un golpe de aire ar-

diente me azotara la cara mientras ante mí se extendía un mar de arena y mil olores que no identificaba, por lo que me hacían sentir como si hubiera aterrizado en otro planeta.

Se puede decir que aquella fue la primera situación absurda de mi vida; me había convertido en un ser desarraigado al que acababan de separarle de su madre, su padre y su único hermano, y que de repente se encontraba en medio del desierto y en casa de dos desconocidos.

Hay cosas que no recuerdo, porque nunca he querido recordar, pero imagino que en ese momento pensé, como uno piensa a veces, que más vale morir que enfrentarse a un cambio tan brusco. Supongo que en ese momento debió de ser lo que me pasó por la cabeza, porque aquello no se parecía en nada a Tetuán, que era una ciudad bonita, con un paisaje verde y un innegable encanto en cierto modo exótico, o a Tenerife, con sus montañas rebosantes de vegetación.

Ahora me encontraba en medio de un puñado de tierra árida, como una playa que no terminara nunca, un fuerte militar y cuatro casas esparcidas aquí y allá. A pesar de las atenciones de mis tíos, que intentaron darme todo el cariño que podían, echaba de menos a mi madre, a mi padre, mi hermano, mis amigos...

Creo que mucho antes de haber escrito mi primera línea decidí que aquello tan sólo podría definirlo algún día como descender a los infiernos en pantalón corto.

Mis tíos vivían en la casa más alejada del fuerte y tenían una granja con avestruces, conejos, gallinas y gacelas al tiempo que la puerta de atrás de la cocina conectaba con el patio del cuartel de la *Mía a Camello*, que era una especie de policía nómada del desierto.

Como es lógico, la primera noche no pude pegar ojo, y con el alba ya estaba en pie, porque había oído voces fuera y al abrir la puerta de la cocina, que daba a un patio enorme que compartíamos con la policía nómada, me encontré

con que estaba lleno de camellos y soldados nativos preparados para iniciar una larga expedición al interior del desierto.

Iban ataviados con sus uniformes color arena y sus correajes, portando sus fusiles y con un aspecto en cierto modo amenazante a los ojos de un niño.

Cuando me vieron aparecer se quedaron un tanto sorprendidos, sobre todo uno que era tuerto, muy alto y muy fuerte, que lucía un negro parche en un ojo.

—¡Ey, mirad, un «guayete»! —es como llaman allí a los muchachos indígenas—. Tú debes de ser el sobrino de Mario —dijo.

Un hediondo camello me lanzó un berrido a menos de medio metro de la cara mientras el tuerto me ofrecía un vaso de té hirviendo y muy pringoso. A pesar de su insistencia, en principio me resistí a beber aquella cosa inmunda y que además me abrasaba, pero al fin llegué a la conclusión de que, o me lo tomaba, o aquella especie de ogro de un solo ojo conseguiría que su camello me arrancara una oreja.

Admito que mi primer contacto con los que iban a ser mis nuevos amigos me impresionó mucho.

Aquel primer día, cuando mi tío se fue al trabajo, mi tía Fanny me dio permiso para ir la playa, ya que vivíamos al lado del mar y el agua se encontraba a menos de doscientos metros de la puerta de casa.

—Pero no se te ocurra bañarte hasta que nosotros lleguemos —me advirtió—. Espera a que tu tío vuelva de la oficina.

Era una playa monótona e interminable, con una barra de rocas semicircular, pero en medio del mar, a unos quinientos metros de la orilla, se alzaba un inmenso caserón que primero había sido fortaleza portuguesa y luego presidio, pero que por aquellos tiempos se encontraba abandonado. Era una mole enorme de aspecto tétrico y amenazante que llamaba mucho la atención, por lo que sentí un gran deseo de ir a verlo.

En tu primer libro, *Arena y viento*, que por lo que tengo entendido escribiste nada más volver del desierto, tienes una llamativa descripción de lo que significó para ti aquel primer día en la playa.

Casa-Mar estaba allí frente a mí, y distinguía claramente las ventanas sin marcos, la escalerilla que se hundía en el agua, y una enorme y vieja ancla, abandonada en la explanada delantera.

El mar estaba muy tranquilo, y opiné que un baño me sentaría bien, aunque me remordía la conciencia pensar que ya el primer día iba a desobedecer, pero yo había sido siempre un niño mimado, por lo que me lancé de cabeza al agua.

Estaba deliciosa, era agradable sentirla y dejar atrás el calor, por lo que nadé un poco y, como estaba muy limpia, bucéé, pero en el fondo de arena no había nada interesante que ver, por lo que continué alejándome de la orilla.

Cuando miré alrededor me di cuenta de que apenas había más distancia a Casa-Mar que a la playa; creo que no me detuve a pensarlo y seguí adelante.

Tal vez aquélla fuese la idea que llevaba desde un principio; sin embargo se me presentó como algo fortuito e inevitable.

Volví a nadar y ahora no lo hacía ya por el placer de bañarme, sino con el ansia de llegar cuanto antes, y me empuñé en una rápida carrera conmigo mismo, impaciente por ver lo que ya desde la tarde anterior, desde que vi Casa-Mar por primera vez, había estado deseando.

Faltaban ya muy pocos metros para llegar cuando una gran sombra me cruzó por debajo, y el miedo hizo que el corazón me subiera a la garganta y estuviera a punto de ahogarme; pero probablemente fue este mismo miedo el que me obligó a acelerar la marcha y nadar como no lo había hecho nunca, hasta alcanzar la escalerilla, por la que trepé temblándome las piernas.

Tardé un rato en serenarme y llegué a hacerme a la idea de que lo que había visto no podía ser más que la sombra de mi propio cuerpo. Ya más tranquilo, comencé a reconocer la casa.

Había en el centro un gran patio en el que se abrían dos cisternas con sus tapas de cemento rotas y abandonadas a un lado y grandes argollas de hierro oxidado que debieron de servir a hombres de extraña fuerza para proteger su agua potable, traída en barcos desde Canarias o recogida de las esporádicas lluvias, que para ellos debía de ser más valiosa que el oro. Incluso actualmente el agua dulce se traía en grandes aljibes, y cuando yo vivía en Cabo Juby se repartía a razón de un cubo por día y persona.

Me asomé a las cisternas llenas de agua, que en un principio creí que podía ser dulce, pero descubrí que nadaban grandes sargos, por lo que comprendí que el tiempo y las olas debían haber socavado los muros, llegando a penetrar el mar a su albedrío, de tal modo que los peces habían hecho de aquel lugar un seguro y cómodo refugio.

Recorrí las tétricas habitaciones de altos techos, que por sus exageradas dimensiones debieron ser los almacenes de la factoría, y al reparar en las ventanas de gruesos barrotes, ya carcomidos, recordé que en otra época fue también prisión y que en aquel lugar muchos hombres sufrieron el calor insoportable, la humedad y el sentimiento de desolación que aquellas naves grises y mohosas impartían incluso tantos años más tarde.

Alrededor del patio, adosada a los muros, una escalera sin barandilla, rota a trechos y amenazando ruina, ascendía a la azotea, y en lo alto se destacaba un rectangular trozo de cielo intensamente azul, que contrastaba con el triste y rezumante color de las paredes.

En el segundo piso las habitaciones eran ya más pequeñas, como las de una casa normal, y al aventurarme por una de ellas hacia el balcón, que ocupaba parte de la fachada,

el suelo crujió amenazadoramente y lo advertí socavado por algunas partes.

Desde la azotea contemplé el panorama, y pude ver ante mí todo Cabo Juby, blanco entre la arena de un amarillento claro, castigado por un implacable sol que caía como plomo derretido y que hacía contrastar las sombras de las casas con sus cúpulas, que reflejaban los rayos como si fueran espejos.

El fuerte, pintado de un color indefinido entre ocre y rojizo, que en nada debía de parecerse al primitivo, ofrecía un aire entre romántico y aventurero, y a mi imaginación acudieron escenas de ataques y luchas, con hazañas heroicas de uno y otro bando, y creo que en aquellos momentos me sentí como uno de los soldados sitiados por hordas berberiscas, defendiendo mi vida de los instintos sanguinarios del más cruel de los caídos beduinos.

Así estaba, embelesado con el mar a mis pies y el pueblo y el desierto al frente, cuando de pronto descubrí, surcando el agua limpia, tranquila y azul, una enorme aleta negra, que se deslizaba con gracia y armonía, como había visto hacerlo a los patinadores sobre hielo.

Pero al instante acudió a mi mente la imagen de los tiburones que había visto en libros y grabados, y creo que el espanto hizo que se me erizasen los cabellos y que las piernas me temblaran hasta el punto de que, de no haber estado apoyado en la baranda, habría caído al suelo.

Recordé la sombra que me había parecido ver cuando nadaba, y sentí más miedo por lo que me podía haber sucedido por mi imprudencia que por lo que me pudiera suceder en adelante, porque, sin darme cuenta y sin que mi voluntad influyera para nada, había decidido que no regresaría a tierra firme si no acudían a buscarme.

La aleta se acercó, y pude ver perfectamente lo que había debajo, una enorme figura negra y gruesa, de casi tres metros de largo, rechoncha y poderosa, sin esas líneas esti-

lizadas de los tiburones, pero con un aspecto mucho más amenazador y desagradable.

Al aproximarse advertí cómo docenas de peces se desperdigaban vertiginosamente, huyendo despavoridos ante la presencia del enorme monstruo.

La aleta dejó de deslizarse cansinamente y aceleró su marcha hasta alcanzar velocidades insospechadas, giró, hizo eses, se sumergió para tornar a aparecer, y se aproximó tanto que distinguí la cola, los ojillos separados, las aletas laterales y el pobre mero que huía ante él. Nunca llegué a saber si le dio alcance, porque se alejaron uno en pos del otro, y yo me quedé contemplando el mar como alelado y buscando una solución a mi difícil problema.

Pero por más que miré a mi alrededor no divisé ninguna embarcación y, si bien en el centro de la bahía se mecían dos falúas, no me sentí con el valor suficiente como para llegarme hasta ellas, porque a mi mente acudió la imagen del enorme tiburón y la velocidad que era capaz de desarrollar en la persecución de un simple mero.

Decidí hacer señas a los de tierra para que me vinieran a buscar, y comencé a agitar los brazos y gritar, pero pronto me di cuenta de que, por mucho que me esforzara, mis alaridos no llegarían hasta allí.

Comprendí entonces lo que mi tía había querido decir al calificar aquel mar de peligroso, y pensé para mis adentros que debería tener más cuidado al menos hasta que me hubiera acostumbrado a aquella clase de vida, si no quería volver a verme en tan comprometida situación.

Aún continué un buen rato agitando los brazos, e incluso me quité el bañador agitándolo para llamar más fácilmente la atención, pero nadie pareció darse cuenta de mi existencia.

Comenzaron a asaltarme extraños temores, y me consideré allí sitiado para siempre sin nada que comer ni beber, pasando las noches en aquel enorme presidio, que en la oscuridad debía de parecer fantasmal, acompañado de los